

Fernando García Ballesteros

MUERTE EN EL
LABERINTO

Barcelona, 1909



Una niñera inglesa ahogada, una gran casa y un laberinto que esconde más secretos de lo que parece. Un nuevo reto para el inspector Requesens.

El 19 de julio de 1909, Elsie Thornton, la niñera de los señores Desvalls, aparece muerta flotando en las aguas del lavadero mayor el día siguiente a la recepción que se celebró en el parque del Laberinto de Horta, en la finca familiar. Al tratarse de una ciudadana británica, Ossorio, el gobernador, ordena a Ignasi Requesens que sea él, junto a su inseparable Cristóbal, quien se encargue de la investigación.

Lo que en apariencia no era más que un desgraciado accidente, se complica al descubrir, tras la autopsia, que Elsie estaba embarazada, pues nadie le conocía relación alguna y, además, hay otro dato: alguien le suministró láudano justo antes de su muerte.

En esa Barcelona convulsa previa a la Semana Trágica, nada es lo que parece, tampoco la inocencia de Elsie es tal. La resolución de este caso se imbricará con otra muerte trágica acontecida en ese mismo lugar muchos años antes, con asuntos de espionaje de por medio y un oscuro plagio...

A Paula nunca le había gustado el estanque. Sentía cierta aprensión irracional a que algo en sus profundidades, agazapado y al acecho, se abalanzara sobre ella. Miraba de reojo el agua, que centelleaba con el primer sol de la mañana. El estanque se encontraba en la terraza superior del jardín, entre una fuente tapizada de musgo y un viejo pabellón neoclásico, cerrado desde hacía años por algo que era mejor no recordar. La tercera doncella de la casa iba recogiendo los restos de la fiesta del día anterior, copas y platos que habían quedado desperdigados aquí y allá, y los depositaba con cuidado en un cesto de mimbre.

Un cambio en la superficie del estanque llamó su atención. Una fina muselina blanca oscilaba al ritmo acompasado de un inexistente oleaje. A pesar de la distancia, la reconoció. Formaba parte de un vaporoso vestido que ella misma había ayudado a coser el día anterior. La tela, como si hubiera esperado su mirada, se desplegó como una perezosa criatura abisal, y algo desde lo más profundo del estanque empezó a ascender.

Era el cadáver de una mujer.

El agua había transformado su vestido en un sudario casi transparente. El cabello flotaba, largo, rubio y desvalido. El rostro resultaría hermoso si alguien pudiera cerrarle los ojos. Una guirnalda de flores parecía buscar refugio en su pecho.

Paula dejó caer el canasto.

Las copas chocaron entre sí con un tintineo y algunas se rompieron.

El grito fue terrible.

Catalina Desvalls despertó extrañada. Las persianas estaban cerradas, el dormitorio conyugal permanecía completamente a oscuras y al levantarse tuvo que buscar a tientas su bata. Alcanzó con decisión la ventana, descorrió las cor-

tinias y abrió los postigos. La luz iluminó el dosel de la cama con el escudo de los Desvalls, una rosa de ocho pétalos. Su marido, Julio Antonio Desvalls, dormía ajeno a todo. Catalina buscó con la mirada el laberinto, su viejo enemigo. Vio entonces a Paula bajar corriendo por el paseo que conducía desde el templo de Dánae hasta la plazoleta de los leones.

Instantes después, a Catalina le llegó un amortiguado rumor de pasos apresurados y voces inquietas, puertas que se abrían y se cerraban de golpe.

Y entonces supo que se avecinaban días terribles.

CAPÍTULO 1



LUNES, 19 JULIO 1909

El tren que descendía por la calle Balmes dejaba en el aire una estela de hollín que ennegrecía los cristales de la comisaría. La línea había sido electrificada unos años antes, pero de vez en cuando aún se veía alguna vieja locomotora a vapor que traqueteaba con desenvoltura calle abajo. El tren bajaba desde Sarriá, cruzaba la avenida Diagonal y se desviaba justo frente a la comisaría, a la altura de la calle Rosellón.

Ignasi Requesens, inspector de primera categoría, seguía con la mirada el paso de los vagones desde la ventana de su despacho. La siguiente parada era el apeadero de la calle Provenza, donde un grupo de pasajeros bajaría y se dispersaría en la esquina. Un ómnibus de La Catalana se detuvo en el paso a nivel. Dos policías uniformados, varios niños, un *senyoret* con sombrero canotier y un traje blanco, y varios hombres con gorras y blusones de trabajador esperaron también para cruzar. Requesens se los quedó mirando, consciente de que todas aquellas personas seguramente tenían una vida tan compleja como la suya. Sus pensamientos se desvanecieron cuando la puerta del despacho se abrió a su espalda sin que nadie hubiera llamado previamente y alguien entró en silencio y tomó asiento. Sin llegar a volverse, reconoció los andares pesados del inspector Milagros, que había estado de guardia y tenía que darle el parte de lo sucedido la noche anterior. Requesens se volvió y lo saludó con amabilidad. La figura del inspector Milagros era recia y sólida, y parecía ocupar toda la habitación. Na-

die se atrevía a bromear con su apellido. Era conocido entre los policías como Mili.

A través de la puerta, Requesens vio a Cristóbal, su joven ayudante, ordenando expedientes en un infructuoso deseo de sistematizar su uso. Cristóbal pertenecía a la nueva hornada de agentes que acababa de salir de la Escuela de Policía. Requesens y Cristóbal se habían conocido trabajando en un caso especialmente difícil en el mes de febrero mientras el último realizaba prácticas en Jefatura. Después de que el joven se hubiera graduado, Requesens decidió llevárselo con él al volver a su comisaría habitual. Cristóbal era un apasionado de los nuevos métodos policiales tales como la dactilografía, el Bertillon y la recogida exhaustiva de pruebas, métodos que no habían sido bien recibidos en la comisaría de Balmes por los policías más veteranos. Era una comisaría nueva, relativamente alejada del puerto y la ciudad vieja, y la mezcla de agentes veteranos y otros más jóvenes a veces generaba desconfianza y celos.

—¿Qué tal ha ido la guardia? —preguntó cortésmente Requesens.

Milagros se aflojó un poco el cuello de la camisa. Era un cuello duro, sorprendentemente elegante, y contrastaba con su traje gris y funcionarial. Se tomó su tiempo antes de contestar:

—Bastante tranquila. Hubo jarana por el día, así que no tuvieron fuerzas para seguir por la noche. Parece que para el próximo embarque las Ramblas van a ser tomadas por los de seguridad. Esto va a parecer Port-Arthur.

«¿A quién le apetece montar una revolución con este calor?», estuvo a punto de preguntar Requesens, pero se contuvo a tiempo. El día anterior había habido una serie de altercados por toda la ciudad, sobre todo en el puerto, donde empezaban a embarcar reservistas. No era buena idea criticar abiertamente la política del gobierno.

La comisaría se ubicaba en un par de pisos alquilados de absurdos y largos pasillos en un edificio que, como to-

dos los del Ensanche, apenas tenía unos pocos años. Sin embargo, ya desprendía un aire gastado y polvoriento. Allí todos se conocían, y la separación entre opiniones privadas y vida pública se cruzaba de continuo. Muchos policías, sobre todo los de vigilancia, que no estaban sometidos a una jerarquía militar, simpatizaban con aquellos hombres que eran reclutados a la fuerza. Pero los policías debían guardarse con cuidado unas opiniones que podían ser consideradas peligrosas. La guerra del Rif necesitaba más soldados para proteger los intereses mineros en el norte de Marruecos, pero en lugar de enviar soldados voluntarios, reenganchados con prima que cobraban una pensión en caso de muerte o invalidez, o los excedentes de cupo, el gobierno había decidido enviar soldados que ya habían efectuado el servicio militar, la mayor parte padres de familia que dejaban a los suyos sin su salario y sin su pensión si muriesen a consecuencia de la guerra, algo que resultaba vergonzosamente probable. Requesens no estaba de acuerdo con aquel reclutamiento forzoso, aunque no se le ocurriría decirlo de manera abierta. Había sido teniente del ejército antes de entrar en la policía, y había estado en la guerra de Cuba y también en Marruecos. Nadie que hubiera estado en una guerra y hubiese vuelto malherido de ella deseaba que enviaran a padres de familia a una muerte segura. Pero ante Milagros debía ir con cuidado. No sabía hasta qué punto podía fiarse de él. En comisaría corrían diversos rumores, desde que era un empecinado lerrouxista hasta que era un carlista desaforado.

—Lo verá todo más claro después de haber dormido un poco —dijo Requesens con amabilidad—. Tras un sueño y un café todo se ve mejor.

Milagros murmuró algo como que estaba de acuerdo y con movimientos lentos se puso en pie.

Cristóbal decidió esperar a que Milagros se levantara y se pusiera la americana antes de decidirse a entrar en el despacho de Requesens. El teléfono sonó al mismo tiempo

que entraba y Cristóbal, consciente de la aversión que Requesens sentía por aquel aparato moderno al que consideraba un intruso que se ponía a berrear cuando menos lo esperabas, lo descolgó con cautela. Apenas había escuchado un par de frases cuando se quedó mirando a Requesens, tapó el auricular con una solemnidad algo teatral, que al inspector siempre le costaba determinar si era fingida o no, y dijo:

—Es el gobernador, señor.

Al escuchar la palabra «gobernador», el considerable ajeteo de la comisaría a primera hora de la mañana cesó de pronto. Que el gobernador llamara tan temprano a un inspector después de un día de altercados no era buena señal.

—Requesens...

—Señor...

—¿Qué tal va el trabajo?

—Bien, señor.

—Me alegro... —y tras un titubeo añadió—: Le llamo porque ha aparecido un cadáver en la finca que los Desvalls tienen en Horta. Necesitaría que se hiciera usted cargo del asunto.

Horta era «las afueras», y hasta hacía poco había sido un pueblo colindante con Barcelona, anexionado a la capital unos años atrás. Requesens identificó mentalmente la finca de los Desvalls en la ladera de Collserola, la sierra que rodeaba la ciudad. Nunca había estado allí. Se sabía que contaba con un magnífico jardín en el que había un laberinto, aunque aquella finca pertenecía a la mitología colectiva de la ciudad. Muchos eran los que conocían el lugar, pero pocos los que lo habían visto y entrado en él.

—Horta está bajo jurisdicción del distrito Norte —dijo Requesens.

—Sí, lo sé, pero se trata de una ciudadana británica. Es un asunto delicado y hay que actuar con prudencia. Parece ser que era la niñera de la familia. El cónsul británico y el

juzgado ya están informados. Vaya para allí y averigüe qué ha pasado. Se llamaba Elsie Thornton.

—De acuerdo.

—Cuento con su discreción.

—Naturalmente, señor.

El gobernador colgó.

—No se preocupen, no se ha declarado el estado de excepción —dijo Requesens con cierto humor como si se lo dijera a Cristóbal y Milagros, aunque con intención de que lo pudieran escuchar todos, como así fue. Luego añadió con voz tranquila—. Ha aparecido el cadáver de una ciudadana británica en Horta.

Milagros se acabó de poner la ameriana, que le quedaba ajustada y le daba un cierto aspecto de violencia contenida.

—Horta queda bajo la jurisdicción del distrito Norte. ¿Por qué le mandan a usted allí?

Requesens se encogió afablemente de hombros. Había detectado en Milagros un punto de interés que no le apetecía nada alimentar.

—Supongo que porque Ossorio sabe que Cristóbal es el único de nosotros que habla inglés —dijo sin darle mayor importancia.

Y dirigiéndose a otro agente añadió:

—Díganle al comisario cuando venga que he salido por un asunto urgente.

La carretera de Cornellá a Fogars de Tordera rodeaba la sierra de Collserola deslizándose por el Valle de Hebrón. Conducía Cristóbal porque Requesens prefería los caballos y los carruajes y no se acababa de fiar de los automóviles. Era un enclave rural y había que esquivar carros, burros y mulas que, malhumoradas y tercas, se resistían a apartarse a un lado a pesar de los esfuerzos de los amos. Cuando Requesens y Cristóbal se encontraban con otro automóvil se

saludaban con una ligera inclinación de cabeza, conscientes de lo extraordinario de encontrarse sobre cuatro ruedas motorizadas en aquel apartado lugar. Innumerables caminos y torrentes cruzaban la carretera, y habrían estado a punto de perderse varias veces si no hubieran distinguido desde la carretera la antigua torre medieval de defensa, la torre Subirana, alrededor de la cual se había construido el palacio de los Desvalls.

El automóvil tuvo cierta dificultad en la cuesta de llegada hasta la casa, jadeando como un viejo caballo asmático, algo de lo que Requesens se alegró íntimamente. Atravesaron la verja de la entrada, dieron media vuelta en el patio en torno a una fuente, los neumáticos crujiendo sobre la gravilla, y se detuvieron delante de la puerta principal, donde estaban apostados dos policías con uniforme del Cuerpo de Seguridad.

—Vaya, parece que Gobernación se ha tomado en serio este asunto —dijo Requesens.

—Deben de haber descubierto el cadáver por la mañana muy temprano —replicó Cristóbal—. Y seguramente lo habrán pisoteado todo.

—No te enrabietes que no te servirá de nada.

Varios perros ladraron en algún lugar detrás de la casa ante su llegada. El áspero y reseco olor del tubo de escape se esparcía por el aire. Había otros dos automóviles aparcados y Requesens supo que alguien del juzgado había llegado antes que ellos. Los guardias los saludaron e intercambiaron un par de frases sobre el calor.

Un muro semicircular de aire un tanto medieval, no muy elevado, protegía la casa como una prolongación de las alas este y oeste. Las dos alas se abrían hacia ambos lados formando una herradura. Puertas y ventanas eran de un estilo neoárabe que había estado en boga años atrás. La puerta principal era de un estilo árabe más encendido que el resto y se alzaba sobre una escalinata enmarcada por dos columnas a cada lado. Sobre la puerta se abría un solitario

balcón, coronado con el escudo de los Desvalls, y sobre él eran visibles un reloj y una campana, lo que hacía pensar en un monasterio alejado de la civilización. Al fondo, proyectada contra la casa, se veía una torre de defensa circular, la torre Subirana, en torno a la cual se había construido todo lo demás en diferentes épocas, una sucesión de añadidos de estilos diversos. Requesens encontró que aquel cúmulo de estilos le otorgaba a la casa un aire de escenario teatral, deslumbrante y a la vez ligeramente disparatado.

Un hombre joven, alto, delgado y muy pálido apareció en la puerta. Sus rasgos eran pronunciados, un bigote como dibujado a lápiz, unos ojos fríos que miraban de soslayo. Su uniforme de servicio era oscuro. Bajó la escalinata y se presentó:

—Soy Jesús, el segundo mayordomo. Supongo que es usted el inspector que estábamos esperando.

Requesens asintió.

—El señor marqués me ha pedido que los acompañe hasta donde se encuentra la señorita Thornton —dijo Jesús en un tono formal—. Tenemos que ir a la terraza superior del jardín. Si son tan amables de acompañarme.

El inspector le dijo en voz baja a Cristóbal:

—Lleva un uniforme de luto. En pocas familias se guarda luto por alguien del servicio.

Salieron por una poterna habilitada en el semimuro oeste que rodeaba el patio, llegaron a una plazoleta de tierra y echaron a caminar, rodeando la casa.

Solo entonces Requesens empezó a ser consciente de la enormidad física del jardín. No tenía una estructura delimitada como la de un jardín francés, sino que era como el de una villa italiana, con terrazas escalonadas y caminos que se perdían bajo los pinos, las encinas y las carrascas, aprovechando la ladera de la montaña. Otra parte del jardín rodeaba sinuosamente la casa por la parte trasera y resultaba ser de un estilo muy diferente al resto, más doméstico, más sosegado. Al otro lado, a un nivel inferior del que se en-

contraban, una puerta china en uno de los senderos conducía a un jardín de estilo romántico. Allí vieron unos entoldados, junto con sillas y mesas que parecían preparadas para ser recogidas.

—¿Celebraron ayer una fiesta? —preguntó Requesens señalando hacia el jardín romántico.

—Se celebró una pequeña recepción. Apenas una cincuentena de personas.

—¿Permanece alguno de los invitados en la casa?

—No, todos se marcharon ayer.

Requesens apenas sabía nada de aquella casa. Recordó haber visto algunas fotografías en el periódico con motivo de una recepción ofrecida al rey Alfonso XIII, que había ido a Barcelona a inaugurar el comienzo de las obras de la Reforma, la vía que abriría la ciudad desde el centro hasta el mar a cambio de llevarse por delante decenas y decenas de hogares, desde miserables casuchas hasta antiquísimos palacios. Intentó recordar algún rostro de la familia, pero solo recordaba la imagen del rey, joven, algo vulnerable incluso bajo su traje militar, y de la reina y su vestido blanco, acentuado por el contraste de la fotografía.

—Creo recordar que el año pasado hubo una fiesta en honor del rey.

—Sí, es muy comentado por la familia y sobre todo por el servicio, pero yo no sabría decirle. Hace tan solo seis meses que trabajo para los Desvalls.

Un paseo central los condujo a las partes superiores de la finca. Un olor resinoso impregnaba el aire. Grillos y cigarras parecían haberse declarado una ruidosa guerra. Requesens llevaba su sempiterno traje oscuro y el bombín, que contrastaba con las ropas ligeras y el elegante canotier de Cristóbal. Sentía cómo el sudor le caía por la espalda y se le pegaba en la camisa. Sus viejas botas, que tantos servicios le habían dado en la guerra, crujían ahora sobre la grava del camino.

Al lado derecho vieron el inicio del laberinto que daba fama al jardín. En la entraba había una inscripción en una placa de mármol.

*Entra, saldrás sin rodeo, el laberinto es sencillo,
no es menester el ovillo que dio Adriana a Te-
seo.*

Siguieron ascendiendo y rodearon los muros de cipreses recortados que formaban el laberinto. Frente a ellos se erguía un templete redondo de considerable altura que guardaba en su interior una escultura de una diosa que Requesens no supo identificar. Pasaron frente a él y llegaron hasta una gran escalinata que se dividía en dos ante un pabellón neoclásico. Al subir el primer tramo, tanto Requesens como Cristóbal no pudieron evitar girarse con una ligera sensación de desobediencia bíblica. A sus pies se extendía tentadoramente el laberinto, la estatua de Eros en su centro. Y más allá se encontraba la ciudad, tan contradictoria, tan atribulada en aquellos días. Sobre ella, el cielo, como un fuego azul, se extinguía de manera imperceptible en el mar.

Jesús, consciente de la impresión que desde allí causaba la visión del jardín y la ciudad, sonrió ligeramente y dijo:

—Si no les importa...

—Claro.

Subieron por el último tramo de escaleras y llegaron al Lavadero Mayor, como se conocía el estanque donde había sido hallado el cadáver. Había un grupo de hombres apartados a un lado como muestra de respeto, resguardados a la sombra; todos excepto uno, el doctor Saforcada, médico forense del distrito Norte, que inspeccionaba con cuidado el cuerpo a medio cubrir.

Entre el grupo, Requesens también reconoció al juez del distrito Norte, Vicente Santandreu, un hombre muy mayor cuyo bigote y espesa y canosa barba le daban un curioso

aire de filósofo antiguo. Su traje, como el de Requesens, no era el más apropiado para el calor de un día de verano y se iba secando la frente con un pañuelo. A su lado, el hombre de mediana edad con el que hablaba iba vestido con un luminoso traje blanco y unos zapatos bicolors, color crema y puntas marrones, a juego con su sombrero, y a todas luces parecía ser el dueño de la finca. El luto parecía haberse reservado solo para el servicio.

Santandreu saludó a Requesens nada más verle. Era aragonés y aún conservaba un fuerte acento. Cierta indolencia en él indicaba que Barcelona sería su último destino antes de retirarse. Nunca habían trabajado juntos, aunque, como todos en aquella ciudad, cada uno supiera quién era el otro. El juez pasó a presentarle al otro hombre que le acompañaba.

—Es el inspector Requesens.

—Encantado. Soy Julio Antonio Desvalls.

Era el marqués de Alfarrás y del Poal, dueño de aquel lugar. Pero no utilizó el título.

—Lamento lo sucedido —dijo Requesens.

—Bartomeu la sacó del agua —explicó el marqués con un tono que indicaba que había que disculpar al hombre por su acción—. Es nuestro jardinero, en realidad el último de los colonos que queda en la finca. El ama de llaves había enviado a una de las doncellas a recoger algunos restos desperdigados y esta fue quien descubrió el cadáver. Gritó y Bartomeu se acercó...

Bartomeu era un hombre muy mayor, y se encontraba un tanto alejado, apoyado contra una baranda de piedra caliza. Llevaba ropas viejas de payés y estrechaba entre las manos una barretina. Tenía el rostro arrugado y curtido por innumerables horas bajo el sol y estaba llorando. Era el único que lo hacía. Murmuraba algo para sí mismo que tanto podía ser una plegaria como una recriminación.

El doctor Saforcada cubrió el cadáver y se levantó no sin cierta dificultad. Era más joven que Requesens, pero su as-

pecto de científico erudito le hacía parecer mucho mayor de lo que en realidad era. Se dieron la mano respetuosamente.

—No sabía que vendría usted... —dijo con cierta sorpresa.

—Me ha enviado Ossorio.

Se quedaron mirando el uno al otro como si no acabaran de entender los designios de gobernador. Ambos hombres se habían conocido unos meses antes en el Hospital Clínico.

—Supongo que se trata de un caso delicado —dijo al fin Saforcada.

—¿Qué ha podido averiguar? —preguntó Requesens.

—Han encontrado el cadáver flotando en el estanque a primera hora de la mañana. Se trata de la niñera, o más bien la institutriz de la familia. Tenía treinta y cuatro años. Trabajaba para la familia desde hacía tres. No hay sangre ni rastro alguno de violencia.

—¿Permite que me acerque?

—Usted mismo.

Requesens se agachó y retiró la sábana.

La piel había adquirido la palidez de un mármol húmedo y refulgente. El cabello, todavía húmedo, tenía el color del oro oscuro. En los labios quedaba un desvaído rastro de color, como sucedía en algunas esculturas clásicas. La línea de su mandíbula era muy hermosa, aunque empezaba a mostrar un primer indicio de madurez. El vestido era blanco y parecía haber arrastrado tras de sí la transparencia del agua envolviendo el cuerpo con las formas de una túnica. Alguien había dejado las manos delicadamente cruzadas sobre su vientre y a Requesens le vino a la mente el vago recuerdo de alguna reina esculpida sobre un sarcófago. Una guirnalda de flores le caía desde los hombros hasta el regazo. Eran flores blancas con pétalos pequeños y apretados, perladas de gotas de agua como si fueran rocío y que mostraban una lozanía desafiante. Pero la guirnalda no es-